

giovanni odino

HA CAÍDO UN PILOTO EN MI JARDÍN



novela

Giovanni Odino
Ha Caído Un Piloto En Mi Jardín

Ha Caído Un Piloto En Mi Jardín:
ISBN 978-8-87-304479-6

Содержание

Ha cañdo un piloto en mi jardñn	5
Copyright	6
La historia	7
Personajes principales	8
Dedica	10
Epñgrafe	11
I	12
II	41
III	48
IV	65
Конец ознакомительного фрагмента.	79

Giovanni Odino

Ha caído un piloto en mi jardín

Amores, crámenes y magia en las colinas del Oltrepá² Pavese
Novela

Título original: # caduto un pilota nel giardino

Traducción de Delia Nieto Sanz



Copyright

Ha caído un piloto en mi jardín

Amores, crámenes y magia en las colinas del Oltrepá Pavese
de Giovanni Odino

Novela

Tektime - Traducción de libros

Traducción de Delia Nieto Sanz

El proyecto gráfico y las imágenes de la cubierta son del autor.

Los caracteres utilizados para la cubierta es Diplomata
Licenza [SIL Open Font License](#).

Para las imágenes número 1 y 2, provenientes de internet, no se han encontrado créditos de autor. Rogamos nos disculpen por toda omisión involuntaria. Las imágenes número 3 y 4 son del autor.

Los personajes y los nombres son ficticios. Toda referencia a hechos acontecidos y a personas que han existido realmente o que todavía viven debe considerarse absolutamente casual.

© Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida sin autorización, excepto breves pasajes en el marco de una crítica literaria.

La historia

Edoardo está volando sobre los viñedos del Oltrepavese [01], pulverizando un pesticida, cuando, por una distracción durante una maniobra, se precipita en el jardín de la casa de Carlotta. Se inicia una relación cargada de pasión y erotismo entre el piloto y la mujer, pero con fases alternas. Carlotta, liberada de un matrimonio infeliz, se confía a prácticas de dudosa eficacia para retener lo que considera un regalo caído del cielo. Edoardo descubre que los rumores y las supersticiones de los paisanos atribuyen a la mujer la culpa de dos hechos de sangre ocurridos en el pasado y decide investigar. La historia se enlaza con las experiencias eróticas, pasionales y culinarias del protagonista y de los otros personajes, en un ambiente popular y rural.

Personajes principales

Adelmo Ferrari - Agricultor
Adinolfi - Mariscal de los carabineros
Alessandro - Cocinero
Alessio - Dependiente del bar
Angela - Agricultora
Anna - Mujer de Maurizio
Armando - Recepcionista del hotel
Bondone - Abogado
Carlotta Bianchi - Dueña de la casa con jardín
Carlo Rossi - Mecánico del helicóptero
Clelia Benzi - Vitivinicultora
Cremonini - Tendero
Cosimo Respighi - Padre de Edoardo
Diego Monferrino - Piloto joven
Edoardo Respighi - Piloto del helicóptero
Elisabetta Ferrari - Madre de Adelmo
Infermiere - Del servicio de urgencias
Marcello - Ex-marido de Carlotta
Mariolino Marini - Molinero
Martina Mengoli - Hija de la familia Mengoli
Matilde - Ex novia de Edoardo
Maurizio - Agricultor
Mengoli, coniugi - Gerentes de una taberna

Oronzo Amoruso - Dueño de la droguería

Santino Panizza - Propietario de *Eli-Linee*

Scafato - Cadete de los carabinieri

Sergio - Dueño de un restaurante

Sonia - Exnovia de Edoardo

Vanzi Bruno - Agricultor

Vanzi Mariagrazia - Agricultora, mujer de Bruno

Valeria Ferrari - Hermana de Adelmo

Dedica

Dedico esta novela a todas las personas que he conocido durante los quince años dedicados al vuelo en el marco de los servicios con helicóptero a la agricultura, y que me han acompañado a lo largo de ese período de mi vida.

EpÃgrafe

Es tiempo de volar
A nuestro alrededor se oye,
armÃ³nica de las arboledas
notas sutiles
dedos de remolino
vertiginoso, la ansiedad
resonar en las ramas.
Enredados como ovillos
improvisados, pensamientos fugitivos
desde las colinas ruedan a la llanura.
Dan saltos ligeros,
sordos; se despliegan
a lo largo de los senderos.
La mirada se dirige a lo alto
donde el viento dibuja
el rÃo de los recuerdos.
Caminamos juntos, busco tu mano:
es tiempo de volar.
(PoesÃa del autor)
Ha caÃdo un piloto en mi jardÃn

I

21 de junio de 1988, martes ### El accidente

Añn unas horas de trabajo y habrá acabado por hoy. Mañana será el último día. Si sigue haciendo buen tiempo, tendremos al menos tres días de descanso. Uno para perfeccionar el vuelo en helicóptero de Diego y dos para mí.

Veamos la estela... bien, no se expande fuera del v edo. Cierro la bomba. Subo el morro, giramos. Junto a ese poste, ahora abro la bomba de nuevo. La velocidad es correcta. Más potencia, ahora otra vez hacia abajo. Las temperaturas son correctas; todav a tengo gasolina para media hora.

A lo mejor doy un salto a casa de mis padres. O dos días en Recco, o Camogli. Se tarda media hora con el coche. Pero   con quién? No quiero problemas. Me gustará algo relajante.

Cierro la bomba. Giro. Controlo la estela. Retomo desde allí. Más potencia. Bomba. Revoluciones del motor, cuidado.

Podría pedírselo a la chica del estanco. Creo que no tiene novio y siempre me sonríe cuando voy a comprar los cigarrillos.

Cuidado con la barra de la derecha.   Paso, con ese poste? As  est  bien. Al fondo veo el cable del teléfono. Tengo que recordarlo.

Tendr  veinticinco años. Un poco joven, pero no lo suficiente como para no saber qué significa pasar dos días en el mar. Hoy ir  a comprar dos paquetes. Entrar  solo si no

hay nadie y le preguntaré si quiere ir a Camogli conmigo. Nos vamos el sábado después de comer y volvemos el domingo después de cenar. No está mal. Seré claro, una cosa entre amigos. Sin complicaciones amorosas. Solo sexo sano.

Cuidado con el árbol. Más potencia... ¡Mierda! He tocado. Vibra un montón. Empieza a dar vueltas. Pedal. No funciona... he tocado con el rotor de cola. Menos potencia. Hay un espacio abierto. Abre la válvula, empina al máximo. Velocidad cero. Las revoluciones... las revoluciones. ¡Dios mío, cuántas pocas! Nivelas la posición. Las revoluciones... cae demasiado rápido. Sobre el prado. Se ha hundido el asiento.

Las palas del rotor han golpeado el suelo. Salgo disparado.

Cuidado con la cabeza. Debo mantener la tensión muscular. Los mandos tienen sacudidas. Se me escapan de las manos. Un trozo de una pala se ha empotrado en el árbol. El motor sigue en marcha. Menos mal que he bajado las revoluciones. No consigo atrapar los mandos. Me estoy cayendo, pero por mi lado.

Quel golpe.

El motor se ha parado. Esperemos que no se incendie. Qué silencio.

¿Qué es esta agua? Es el producto que entra en la cabina. No puedo moverme. Espero no haberme roto la columna.

Dudaba de cómo reaccionar. Venciendo sus miedos, se dirigí hacia la puerta de la cocina que daba directamente a la amplia veranda que se asomaba al jardín. Se acordé de la tarta: no podía quemarse bajo ningún concepto, sea lo que fuere que

había pasado. Volví al horno, lo apagué y salí.

Rodeado de rosales variados y de manchas de las mil flores multicolores de las plantas de la huerta, de los árboles frutales y de los ornamentales, había un amasijo informe de piezas metálicas humeantes: era un helicóptero, roto y abollado, en medio del amplio jardín de la villa.

La nave estaba volcada hacia un lado, con un patín levantado hacia el cielo, como la pata de un pajarito de un cazador.

De la amplia fisura de un depósito se escapaba un líquido azul que se vertía en el interior de la cabina, sobre las partes metálicas y también sobre el motor todavía caliente, produciendo una columna de vapor sibilante. El derrame llegaba hasta la hierba del jardín, donde se había formado un charco alimentado también por el contenido de otro depósito, aplastado entre el helicóptero y el terreno. Las palas del rotor estaban arrancadas y esparcidas por el jardín, y la cola estaba rota y plantada en la tierra como para sujetar la estructura.

Carlotta se acordó del helicóptero que trabajaba los veranos para los viticultores de aquellas colinas del Oltrepavese, esparciendo el pesticida que protegía los cultivos de los ataques de mildiu. Más o menos una vez por semana lo oía volar sobre los viñedos que cubrían las colinas alrededor de su casa. Se dio cuenta de que no veía al piloto.

Esperemos que no se haya hecho daño.

Estaba intentado decidir si debía acercarse cuando el rugido de un motor atrajo su atención. Un Fiat Ritmo blanco frenó

bruscamente delante de la verja de acceso a su casa, produciendo, al derrapar sobre el camino blanco, una nube de polvo. Del coche salieron tres personas que, después de trepar el pequeño muro y el seto de laurel, corrieron hacia el helicóptero. Carlotta los vio pasar por delante de ella sin que ninguno diera indicios de haber notado su presencia.

—¿Edoardo! Edoardo, ¿está bien? —gritó, nerviosísimo, el hombre más anciano de los tres, mientras corría hacia el helicóptero.

—Espera, Maurizio. Espera antes de acercarte, podrías haber riesgo de incendio —le previno el segundo hombre, más joven, que iba corriendo detrás de él llevando un extintor portátil. Tenía una expresión serena y parecía muy preocupado.

El tercero, un chico atlético con el pelo castaño claro bastante largo y unos ojos azules brillantes, se paró antes, más cerca de Carlotta, como si no tuviera el valor de acercarse más a la escena del siniestro. Carlotta notó que, a parte del hombre más anciano, vestido con el estilo de los agricultores cuando están de faena, con pantalones amplios y camisa de cuadros arremangada, los otros llevaban unos monos de color azul con grandes bolsillos.

—Buenos días. —Carlotta saludó al joven para llamar su atención.

El chico se dio la vuelta y la miró, como si se hubiera dado cuenta de su presencia solo en ese momento.

Buenos días, señora. Perdóneme, pero no la he visto.

Me he dado cuenta. Soy Carlotta Bianchi y este es mi jardín. Sois del helicóptero, me imagino.

Sí, sí. Hemos venido por el accidente respondí precipitadamente el joven, volviendo a mirar el helicóptero con los ojos desorbitados.

Edoardo. Respondeme, ¿cómo estás? seguía llamando con voz fuerte el primer hombre, mientras intentaba meterse bajo la mole de metal, pringándose en el charco azul que se había formado bajo y alrededor del helicóptero.

Joder. Sacadme de aquí. ¡Me estoy ahogando en el producto! pidió con vehemencia el piloto, que permanecía atrapado bajo la nave volcada.

Gracias al cielo estoy vivo. Diego, ven y empuja la cabina. Tienes que conseguir levantarla unos diez centímetros mientras Carlo y yo intentamos extraer a Edoardo dijo el hombre más anciano.

Vale. Voy respondí el chico, haciendo un gesto a Carlotta, como pidiéndole permiso para alejarse.

Edoardo, ¿puedes mover las piernas? Intentalo con cuidado, y si sientes dolor no fuerces el movimiento dijo Maurizio, que había tomado la dirección de las operaciones con autoridad.

Puedo, e incluso lo haré mejor si no tuviese esta mole de chatarra encima. Sacadme de aquí y os haré ver un par

de pasos de vals.

«Veo que estás bien, puedes soltar las tonterías típicas de todos los días» dijo Carlo, que, mientras tanto, había dejado el extintor en el suelo y había conseguido cogerle un brazo.

«¿Listo, Diego? Cuando diga «¡vamos!» levanta lo más que puedas.

Carlotta observaba con una cierta admiración la aparente facilidad con la que los tres hombres se estaban coordinando en el salvamento. Se veía que estaban acostumbrados a trabajar juntos.

«Vamos, Diego, levanta... ¡¡para! ordena»
Maurizio. No te muevas, Edoardo, te sacamos nosotros. Venga, Carlo. Juntos. Tiii-ra, vamos, tiii-ra, último esfuerzo: tiii-ra.

Edoardo apareció de debajo del helicóptero con gran satisfacción de todos. Se puso de pie soltando un grito a todo pulmón:

«Aaagh!»
«Después, apretando fuerte los puños y cerrando los ojos, volvió a gritar: Aaagh!» como un guerrero maorí queriendo asustar a sus enemigos.

Carlotta vio erguirse en medio del amasijo aquella figura imponente, con el mono de vuelo empapado pegado al cuerpo. De la cabeza a los pies, estaba todo recubierto de un bonito color azul. Le parecía un extraterrestre y pensó en el helicóptero como una nave espacial. Sintió una breve perturbación en el

pecho y le vino en mente la letra de una vieja canción:

Extraterrestre llámame lejos,
quiero una estrella para mí-,
extraterrestre ven a atraparme,
quiero un planeta para volver a empezar.

Edoardo jadeaba, tosía y escupía una saliva azulada.
«Joder. Qué asco me da esto. Soy un idiota. Un idiota.
Sabía que tenía que volar más alto. Lo sabía.»

«Trámbate, tranquilízate un poco. Hemos llamado a la
ambulancia y estaré aquí dentro de poco» dijo Maurizio.

«Pero ¿qué ambulancia? No tengo nada. Quiero ir al
hotel a lavarme y quitarme esta porquería.»

«Mierda. ¿Has avisado al jefe? Tenemos que pedir
otro helicóptero para seguir con los vuelos.»

«No te preocupes por el trabajo» intervino Maurizio.
«Eso ya lo arreglaremos más tarde.»

«Pues llevadme para que me lave. ¿No veis cómo me
he puesto?»

Llegó una ambulancia y aparcaron rápidamente detrás del
Fiat Ritmo de Carlo. Maurizio hizo un gesto con la mano para
llamar la atención. Salieron una persona y corrieron hacia el grupo.

«Soy el enfermero. ¿Quién es el herido?»

«¡No! ¡No!» dijeron Maurizio y Carlo al mismo tiempo, se
abalanzando a Edoardo.

«Pero ¿qué herido ni qué ocho cuartos. ¿No me he
hecho nada!» exclamó el piloto. «Aquí el único herido

es Al, piensa quAl puedes hacer para reanimarlo. Se dio la vuelta se alando con el ndice en direcci3n del helic3ptero.

Carlo intervino:

rase una vez un helic3ptero de constituci3n sana y robusta. Despu3s tuvo relaciones ntimas con un piloto poco recomendable.

El enfermero los mir3 a todos como si hubiera llegado all por error. Se recuper3 r3pido, porque Al tambi3n estaba acostumbrado a gestionar situaciones de emergencia.

Tenemos que ir al hospital para asegurarnos de que no hay lesiones internas o un traumatismo craneal. Hizo un gesto al conductor de la ambulancia y al voluntario, que completaban el grupo que habAa llegado con Al, para que se acercaran con la camilla.

Joder. C3mo tengo que deciros que no me pasa nada? Alejad esta camilla de aqu-. Da mala suerte, y al final alguien va a necesitarla de verdad.

Al menos d3jeme hacer los controles m3nimos para determinar su estado pide3 pacientemente el enfermero. Era un l3quido t3xico? Lo ha ingerido?

Me ha llegado a la boca, pero no lo he tragado. No puede ser muy venenoso, si no, estar3amos todos muertos hace tiempo respondi3 Edoardo. Despu3s se sent3 en la hierba y consinti3, mientras se calmaba, a que le hicieran unas pruebas. Despu3s de un examen r3pido, el enfermero excluy3 el traumatismo craneal y los da3os a la columna vertebral.

â##Si realmente no quiere ir al hospital me tiene que firmar esta hoja en la que declara que renuncia por voluntad propia.

â##DÃ©mela, firmo todo. Pero que no haya facturas despuÃ©s.

El enfermero, que tenÃ­a mucha experiencia, sonriÃ³: habÃ­a notado una cierta alteraciÃ³n en el comportamiento del piloto, debida a la adrenalina que todavÃ­a circulaba por su cuerpo, pero tambiÃ©n veÃ­a, por lo que habÃ­a podido verificar durante las pruebas y por cÃ³mo se movÃ­a para todos lados, escupiendo y blasfemando, que no habÃ­a sufrido ningÃºn daÃ±o fÃ­sico. Una vez firmada la declaraciÃ³n curioseÃ³ unos minutos mÃ¡s junto a los otros dos colaboradores alrededor de los restos del helicÃ³ptero, y despuÃ©s decidiÃ³ que podÃ­an irse. Los tres volvieron a entrar en la ambulancia e intentaron marcharse. Lo intentaron, porque durante todo este tiempo se habÃ­a juntado un pequeÃ±o grupo de curiosos, y sus coches habÃ­an bloqueado la carretera. Tras unas cuantas maniobras y varias imprecaciones, la ambulancia consiguiÃ³ marcharse. TambiÃ©n el grupo de curiosos se marchÃ³, despuÃ©s de las muchas invitaciones amables, pero firmes de Maurizio y de Carlo a que lo hicieran.

â##Bueno. Â¿QuerÃ©is llevarme al hotel? â##preguntÃ³, irritado, Edoardoâ##. Â¿Tengo que llamar a un taxi? Â¿Tengo que ir en helicÃ³ptero?

Empezaron a reÃ­r todos, que lo miraban mientras se observaba a sÃ­ mismo, con las manos en la cintura, goteando lÃ¡quido azul.

â##Vamos. Te llevo yo â##dijo Maurizio.

â##Si quiere, puede ducharse aquÃ â##intervino Carlotta.

Se dieron la vuelta para mirarla. Maurizio, que conocÃa a la mujer por haberla visto alguna vez en el pueblo, pero sobre todo porque vivÃan en la misma colina, se dio cuenta de que ni siquiera le habÃan pedido permiso para entrar. Le hablÃ³, con una clara expresiÃ³n de embarazo en su cara:

â##Gracias, seÃ±ora Bianchi, perdÃ³nenos por la intrusiÃ³n. Hemos sido maleducados, pero estÃbamos preocupados por el piloto.

â##Â¿Y quiÃn no lo habrÃa estado? â##respondiÃ³ ella. â##Para nosotros no hace falta, pero si el piloto pudiera, serÃa muy amable por su parte.

â##Como les he dicho, no hay ningÃn problema. Maurizio se dirigiÃ³ a Edoardo:

â##TÃ², es mejor si te arreglas aquÃ-. La seÃ±ora te deja usar su baÃ±o. Nosotros vamos rÃpidamente a limpiarnos y volvemos enseguida. Nos encontraremos dentro de media hora, todos arreglados.

â##De acuerdo, hasta luego â##respondiÃ³ Edoardo. TodavÃa se sentÃa algo aturdido, y la idea de darse una ducha inmediatamente lo seducÃa. DespuÃs aÃ±adiÃ³â##: Maurizio.

â##Dime.

â##Dame uno de tus cigarros. Los mÃos ahora solo valen para los pitufos. â##EnseÃ±Ã³ la caja de cigarrillos holandeses,

aplastada y empapada de agua azul.

â##Cuidado al fumarlo. Es para hombres de verdad, no como tus cigarrillos para mariquitas.

Edoardo sonriÃ³ con expresiÃ³n de resignaciÃ³n, y cogiÃ³ con dos dedos, para no mancharlo, el cigarro toscano que le daban.

â##DÃ©melo, seÃ±or Edoardo, he oÃ­do que le llaman asÃ­, asÃ­ lo mantendrÃ© seco. Soy Carlotta Bianchi.

â##Edoardo Respighi, es un placer. Siento la que he montado...

â##No se preocupe. Lo importante es que no estÃ© herido.

â##Entonces, hasta luego â##dijo Maurizio.

Carlotta precediÃ³ al piloto hasta el cuarto de baÃ±o. CogiÃ³ unas toallas limpias de un mueble apoyado en la pared, y un albornoz para hombre. Se asegurÃ³ de que en el estante de la ducha hubiera gel y champÃº y colocÃ³ una alfombrilla en el suelo y unas sandalias havaianas.

â##EstÃ¡n limpias â##dijoâ##. DeberÃ­an ser de su talla.

Edoardo la mirÃ³ y se excusÃ³ otra vez:

â##Gracias, seÃ±ora. Siento tanto las molestias...

â##No se preocupe, tÃ©mese su tiempo.

Los ojos del hombre, que resaltaban en el azul de la cara, le hicieron el efecto de la mirada de un animal... de un animal herido, todavÃ­a peligroso, con toda su fuerza, pero que tambiÃ©n necesitaba esconderse y curar sus heridas.

Se acordÃ³ del gorila que habÃ­a visto hacÃ­a muchos aÃ±os.

±os â##todavÃa era una muchacha jovenâ## en un zoo llamado impropriadamente jardÃn zoolÃgico, ya que de jardÃn no tenÃa nada, instalado en un espacio que no bastaba para contener su deseo de libertad. Cuando Carlotta cruzÃ la mirada con Ã©l recibÃ un impulso de fuerza animal constreÃida por la impotencia. Se habÃa sentido asustada y al mismo tiempo atraÃda por aquella llama de humanidad primordial que habÃa notado en la mirada del gorila. En su interior se habÃa creado un estado de excitaciÃn que se calmÃ solo cuando, al reparo de un Ãrbol enorme y algunos arbustos, convencÃ a su novio para hacer el amor.

â##Marcello, tesoro... mÃs fuerte. MÃs fuerte â##insistÃa con la voz ronca, mientras lo abrazaba con todas sus fuerzas. Solo en otras pocas ocasiones le habÃa susurrado, casi como si no quisiera que le oyera, aquellas palabras que ahora sin embargo pronunciaba lentamente acompaÃndolas con potentes movimientos de cadera. No tardÃ mucho en alcanzar el culmen del placer, lo cual aliviÃ a su compaÃero: no habrÃa podido resistir mucho mÃs un tal asalto. DespuÃs recordarÃa aquel episodio como una prueba del amor fuerte y el gran deseo que Carlotta, de joven, sentÃa por Ã©l. Ella, por el contrario, intentÃ olvidararlo, porque el recuerdo de aquella relaciÃn fÃsica le traÃa a la memoria, inevitablemente, la mirada triste e inquietante del gran simio.

OÃa el ruido del agua en la ducha. La historia no la habÃa

asustado, pero dentro de ella se había instalado una turbación sutil que no conseguía interpretar. Daba vueltas por la cocina, quitando el polvo a las superficies sin polvo y ordenando las cosas que ya estaban en su sitio.

Se dirigió hacia el cuarto de baño. Seguía oyendo el ruido del agua que fluía, y nada más.

Llamó a la puerta.

«¿Señor Edoardo, ¿está bien? ¿Necesita algo?»

No hubo respuesta.

Lo intentó de nuevo, llamando más fuerte.

«¿Todo bien? ¿Necesita algo?»

Otra vez, ninguna respuesta. Solo el sonido del agua que cae.

A lo mejor se encuentra mal, mejor controlar.

Ya sabiendo por qué, pero sin querer admitirlo, entreabrió la puerta. El baño estaba envuelto en vapor. Lo entrevió apoyado con la frente a la pared, inmóvil. Dejaba que el agua se demarrase por su espalda.

Entró en la sala y repitió:

«¿Está bien? ¿Necesita algo?»

Edoardo salió del limbo en el que se hallaba y se giró de golpe hacia ella. La figura robusta surgió en el espacio de la ducha saturado de vapor. El agua que salía del grifo se derramaba desde arriba, fluyendo sobre su pelo negro corto, su cara y sus hombros y después sobre su tórax velludo, sobre su sexo y sobre sus piernas.

«Perdone. No quería!» dijo Carlotta, dando un paso

atrás.

Edoardo se tapó con las manos en un gesto espontáneo de pudor.

###Tiene razón, llevo mucho tiempo en el baño. Salgo ahora mismo.

Los ojos marrones asumieron una vaga expresión de niño pillado infraganti. A Carlotta, ese hombre grande y fuerte le pareció indefenso. Le volvió a la mente ese día, ya lejano, cuando buscó en su novio, que después se convirtió en su evanescente marido, un hombre fuerte y tierno, protector y necesitado de protección, amante y necesitado de amor. El hombre despojado de las superestructuras culturales, el hombre en su esencia que entrevió por un momento en la llama vital de los ojos del gorila atrapado en la jaula del zoo.

Se quitó el vestido ligero, que dejó caer al suelo. Se quitó el sujetador y las bragas y entró en la ducha. El impacto con el líquido caliente fue casi doloroso. La temperatura alta la proyectó a una dimensión paralela. El agua le parecía venir de una cascada altísima que, desde lo alto de la boca de un cráter volcánico, caía primero sobre ellos y luego sobre el magma, produciendo el vapor que les envolvía. La cercanía del cuerpo vigoroso del piloto, que la superaba sobradamente en altura y corpulencia, disolvió las últimas barreras.

Entró en ese mundo que había portado siempre dentro de sí y al cual podía dar, finalmente, forma y acción. Hizo que el piloto se apoyara con la espalda en la pared, se agachó y

cogi³ su sexo entre las manos. Lo toc³ con el cuidado que reclaman las cosas preciosas, lo bes³ como un recuerdo de amor, lo sabore³ como si fuera la primera comida despu³ de un largo ayuno, lo movi³ en la boca hasta que sinti³ que se reforzaban la estructura y las contracciones. Cuando empec³ a mover la cadera y le sujet³ la nuca con las manos para mantenerla quieta, la presi³n en la garganta se hizo demasiado fuerte, as³ que apoy³ las manos en sus ingles y con una presi³n tierna y continua lo separ³ de su boca. Lo mir³ a los ojos buscando su alma desnuda en lo m³ profundo. Se tumb³ en el suelo de la ducha y separ³ las piernas, abriendo su sexo con las manos, en una invitaci³n que formaba parte del mism³ origen del mundo. El piloto se tumb³ encima de ella; el agua ca³ abundantemente sobre su espalda y que despu³ se demarraba sobre la mujer que estaba debajo de ³. Sujetando los pies contra una pared de la ducha amplia, con el cuerpo de ella bloqueado por la pared opuesta, sali³ de la condici³n de depresi³n incipiente a la que el accidente lo estaba llevando. Alivi³ la herida de su orgullo y encontr³ gratificaci³n como siempre han hecho los hombres desde que la evolucion³ los llev³ a tener una psique compleja y fr³gil: crey³ dominar a la mujer, solo porque ella estaba bajo la exuberancia de su cuerpo, crey³ poseerla, solo porque ella hab³ emitido gemidos l³nguidos bajo sus empujes vigorosos, crey³ haberla sometido, solo porque parec³ casi que ella se retiraba cuando su sexo llegaba a lo m³ profundo.

Edoardo, finalmente, reencontró su orgullo y su equilibrio. De nuevo era un hombre fuerte y vencedor. Carlotta sintió el ímpetu del placer de Edoardo entrar en ella. Serró los músculos internos en su deseo de mantener a Edoardo dentro de sí. La fuerza de hombre que había sentido hizo estallar su antiguo deseo de ser mujer. Era el mismo deseo que en su inconsciente la había empujado a seducir al piloto. Quería un hombre suficientemente fuerte como para protegerla y suficientemente frágil como para que la necesitara. Un hombre al que habría atendido y servido, cuyo deseo solo se encendiera con ella, y tan enamorado que no podría engañarla. Nunca.

Le llegó desde el exterior el sonido de un claxon que avisaba de la vuelta de Maurizio, Carlo y Diego. Edoardo reaccionó rápidamente, se secó y se puso el albornoz que tenía a su disposición: le estaba un poco pequeño, pero bastaba. Se puso las sandalias, que eran de la talla justa. Antes de salir se acercó a Carlotta, la cual, mientras tanto, y sin hablar, se había vestido. Apoyó sus manos sobre sus costados, se acercó a ella y le dio un beso leve en los labios.

##Me voy ##dijo.

A ella le pareció el sello de un pacto nuevo, suscrito entre él, ella y el resto del mundo. Le pareció leer en sus ojos todas las promesas que aquel amor grandísimo habría exigido; le pareció que sus labios pronunciaron todas las palabras que la amante de un amor inigualable desea oír. Percibió, a través de sus manos, todas las caricias futuras una mujer desea recibir

de un hombre. El piloto se ofreció a su sola propiedad, a condición de que ella lo amase, lo asistiera, lo satisficiera totalmente y sin escatimar nada. Y ella suscribió todos los artículos de aquel contrato que pensaba que él también había firmado.

Carlo examinó atentamente el helicóptero. Sabía, mientras esperaban al encargado de la Dirección General de la Aviación Civil que iba a llegar próximamente desde Milán, que no debía tocar nada. En caso de accidente aéreo, aun cuando no hay heridos, como en este caso, es obligatoria la investigación de la Aviación Civil, y él no debía modificar la escena de la catástrofe.

Había llamado inmediatamente a Casale Monferrato, al dueño de la empresa, Santino Panizza.

«¡Me cago en la leche!» gritó. «¿Por qué tiene que volar siempre tan bajo?»

«¿Porque es lo que prefieren los clientes. Él lo sabe y a veces se pasa.»

«Lo sé, lo sé, maldita mala suerte. ¿Qué tal está?» «Seguro que no se ha hecho daño»

«No se preocupe, se está lavando y dentro de nada, en cuanto me cambie, vuelvo a buscarlo. ¿Puede avisar usted a la Dirección de Linate?»

«Sí, llamo yo.»

«¿Se acuerda del área de descanso de Oliva Gessi?»

¿Donde nos reunimos la semana pasada con Maurizio?

—, me acuerdo, la que está bajo la carretera, con los barriles de agua.

—Exacto. La casa donde cayó el helicóptero está a unos doscientos metros siguiendo por la misma carretera.

—Ahora llamo a Linate y voy para allí inmediatamente. Mejor, coger una cita para acompañarlos, si no, no van a encontrar el sitio. Tardaremos unas tres horas. Hasta luego.

—Allí estaré.

Al final, Panizza, después del sobresalto inicial, se había mostrado comprensivo. Por lo demás, con ese trabajo, que obliga a los helicópteros a volar entre casas, tendidos eléctricos, y árboles varios, a pocos metros del terreno, sabía que antes o después alguien se iba a chocar con algo. Bastaba una falta de atención de un segundo para provocar un accidente. De hecho, solo se maravillaba de que le hubiera pasado a Edoardo, al que consideraba el mejor y el más atento de sus pilotos.

—¿Qué pasa, gente? —exclamó Edoardo—. ¿Cómo va todo por aquí fuera? ¿Estáis curando al pajarito?

Había salido por la puerta de la cocina y se había parado en la veranda. Alto, envuelto en el albornoz blanco algo pequeño anudado a la cintura, miraba a los presentes con la cara iluminada con una sonrisa irónica. En la mano, entre el pulgar y el índice, sujetaba el puro que le había dado Maurizio y al cual daba unas caladas que luego exhalaba con grandes remolinos de humo.

Maurizio, Carlo y Diego, que estaban cerca del helicóptero, se giraron para mirarlo.

«Has recuperado un aspecto humano» dijo Carlo. Te habías transformado en el *Jolly Blue Giant* [02]; de los valles y viñedos del Oltrepavese, el gigante bueno que defiende las vides del mildiu.

Carlo sonreía, divertido al provocar a Edoardo.

«Solo que, ahora que el *Jolly Blue Giant* ha destrozado el helicóptero, tendrá que colgarse un *gagarin* [03] a la espalda y pulverizar su esencia azul por todas las colinas. Además, ¿no es su trabajo?»

Había un tono de reproche en las bromas de Carlo. Estaba contrariado por el accidente. Sabía que ahora empezaría una discusión sobre las responsabilidades de cada uno, y que los inspectores de la Dirección General de la Aviación Civil empezaban a mirar con lupa todas sus operaciones de mantenimiento. Eso le preocupaba.

Edoardo se dio cuenta, pero no se enfadó. Lo entendía, y comprendía sus temores.

«No tienes que preocuparte» le dijo, acercándose al grupo, pero manteniéndose alejado del pantano azul. Puedo afirmar, delante de todos, que todo ha sido mi culpa. Bajé demasiado y toqué aquel árbol, en el límite del jardín con la viña que estaba fumigando.

Señaló un bonito cerezo con la mano, que desde hacía unos cuantos decenios prosperaba indiferente a las exigencias

del vuelo de helicÃ³pteros.

â##He modificado la posiciÃ³n para subir, pero no pensÃ© que, al hacerlo, la cola habrÃa descendido. De esa manera he acabado tocando una rama. Me he dado cuenta de que se habrÃa daÃ±ado el rotor de cola. Solo he podido evitar que el helicÃ³ptero cayera encima de la casa.

â##Gracias. SabÃa que eras una persona seria, ademÃs de un amigo â##dijo Carlo, con expresiÃ³n de alivio.

â##Hoy he aprendido cÃ³mo salvarte cuando golpeas un Ãrbol. Menos mal que lo he aprendido en tierra y no a bordo â##intervino Diego.

Todos rieron, descargando la tensiÃ³n.

â##No te preocupes por tus lecciones de vuelo. Sigue trabajando bien y te garantizo que las darÃs todas como estaba programado â##lo tranquilizÃ³ Edoardo.

â##Vale, vale. Ni me lo habÃa planteado.

â##Te he traÃdo uno de mis monos â##dijo Carloâ##. Como los llevo un poco grandes deberÃa valerte. Sale de la lavanderÃa. Si te estÃ; cÃ³modo, te he traÃdo tambiÃ©n una camiseta, dos calzoncillos y un par de calcetines. Todo limpio y perfumado.

â##Gracias, Carlo. IntentarÃ© entrar en tu ropa. MÃs tarde te lo devolverÃ© todo lavado y planchado.

â##Ni se te ocurra. DespuÃ©s de llevarlos tÃº lo Ãnico que se podrÃ; hacer es quemarlo todo.

Un Alfa Romeo Alfetta de los carabineros se parÃ³ silenciosamente detrÃs del Fiat Ritmo.

¡Demonios! exclamó Carlo. ¡Se me ha olvidado llamar a los carabineros!

Los he llamado yo dijo Maurizio. Como el cuartel competente es el de Casteggio y los conozco bien, he preferido llamar yo para explicar bien el lugar del accidente e informar de que no había ningún herido.

Gracias dijo Edoardo. Siempre te anticipas a los problemas.

Mientras tanto, los dos carabineros habían bajado del coche y se habían acercado a ellos.

Buenas tardes, mariscal, buenas tardes, cadete dijo Maurizio.

El mariscal, una persona de media edad, bastante alto y con un físico vigoroso que le confería una fuerte presencia, respondió al saludo llevando su mano a la visera. También el cadete saludó con estilo militar.

Presento yo que os conozco a todos volvió a decir Maurizio. El mariscal Adinolfi, comandante del cuartel de Casteggio, y el cadete Scafato. Después, señalando a sus compañeros: ¡# es Edoardo Respighi, el piloto. Como se ve por su mono de vuelo a medida.

El chiste provocó la risa de todos. Edoardo, que llevaba todavía el albornoz dos tallas más pequeño, recogió la ropa y se alejó unos metros, poniéndose de espaldas, para ponerse la ropa interior y el mono que le había traído Carlo.

Me cambio enseguida, antes de que os divirtáis todos

mÃ¡s de la cuenta â##dijo.

â##Ese tan serio es Carlo Rossi â##continuÃ³ Maurizioâ##. El mecÃ¡nico del helicÃ³ptero, y Ã©l es Diego Monferrino, un piloto joven que nos estÃ¡ ayudando. Todos saludaron con las tÃpicas expresiones.

â##Ã¡ Me confirma que solo habÃa una persona a bordo y que nadie ha resultado herido? â##preguntÃ³ el mariscal a Edoardo, que ya se habÃa vestido. Lo Ãnico, seguÃa llevando las sandalias.

â##Nadie, mariscal. Solo estaba yo y estoy perfectamente.

â##Ã¡ Puede darme todos los datos del helicÃ³ptero: propietario, empresa e informaciÃ³n del personal? Me refiero a ahora, al momento del accidente.

â##Yo se lo doy, mariscal â##intervino Carloâ##. Tengo todo en el coche. Estamos esperando a los ingenieros de AviaciÃ³n Civil, que deberÃan llegar desde Milano Linate junto al titular de la empresa. Si lo desea, maÃ±ana le puedo entregar las copias de los documentos del helicÃ³ptero.

â##Gracias. Mientras tanto ayude al cadete a copiar los datos principales y despuÃ©s le agradecerÃ© enormemente que me facilite las fotocopias.

El mariscal se dirigiÃ³ a Edoardo de nuevo:

â##Un pequeÃ±o resumen de lo que ha pasado, sin pretender imitar a los responsables de AviaciÃ³n Civil, sÃ que tendrÃ¡ que hacÃ©rmelo. Por ahora me basta que me lo cuente brevemente, pero maÃ±ana, dos lÃneas escuetas, con su firma, las necesito

junto con las fotocopias de los documentos.

â##Muy bien. Aunque es muy fãcil explicar lo que ha pasado.

Edoardo explicã³ la dinãmica del accidente y concluyã³ con:

â##Y ese es el resultado. â##Seã±alã³, desconsolado, los restos del helicã³ptero en mitad del jardãn.

â##Viendo cã³mo ha quedado, se puede decir que usted ha tenido mucha suerte â##comentã³ el mariscal.

â##Hoy no era mi dÃa â##respondiã³ Edoardo, soltando una enorme nube de humo del puro, a la que prosiguiã³ un ataque de tos.

â##Ya te habÃa dicho que era demasiado fuerte para ti. Eres demasiado joven â##bromeã³ Maurizio, que le mostrã³ cã³mo se daban caladas al cigarro, dejando salir el humo por la nariz sin hacerlo llegar a los pulmonesâ##. Solo superficialmente; no hay que respirarlo.

â##Un poco de saliva se me ha ido por el otro lado â##se justificã³ Edoardo.

Carlotta apareciã³ detrã³s de la puerta de la cocina, y se dirigiã³ hacia ellos. Se habÃa puesto otra ropa. Ahora llevaba un vestido con un lazo delante: simple, pero de calidad. Le quedaba bien, y hacÃa resaltar su cuerpo bien proporcionado. TenÃa el pelo castaã±o oscuro, de longitud media, todavÃa hã²medo despuÃ©s de la ducha, que se iba secando en suaves rizos desordenados a los lados de su rostro. Los ojos, de un bonito

color chocolate, tenían un diseño alargado, y las cejas, bien delineadas, resaltaban su dulzura. Una nariz griega acompañaba la mirada de quien la observaba desde los ojos hasta los labios, ligeramente carnosos, que servían de marco a unos dientes pequeños y regulares. En los pequeños lóbulos de las orejas llevaba dos simples anillos dorados, que acompañaba con un collar del mismo estilo. Calzaba unas sandalias con una pequeña cuña que la obligaban a asumir unos andares vagamente perturbadores. Mientras bajaba los escalones de la veranda, sus caderas se movieron capturando la atención de los presentes, sin excepciones. Los hombres se preguntaron cómo habían hecho para no verla antes. Pensaron que se debía al hecho de que su atención se había centrado exclusivamente en el accidente que acababa de ocurrir. En realidad, Carlotta se había transformado, y había sustituido a la mujer de pelo sin vitalidad, vestido estival anímico y zapatos bajos y anchos por la versión seductora que tenían delante de ellos ahora.

La señora Bianchi es la dueña de la casa. Nos está ayudando, y soportando, con una paciencia enorme

dijo Maurizio.

Conozco a la señora; ya nos habíamos visto en algunas ocasiones

respondió el mariscal. ¿Cómo está? Veo que han intentado demoler su casa.

Lo más importante es que nadie ha resultado herido; lo demás se puede reparar

respondió Carlotta. Después, mirando a todos, dijo: Les he preparado algo para comer. He

oñdo que tienen que esperar a unas personas, y he pensado que serña mejor hacerlo sentados en una mesa. No es nada especial, solo una merienda y algo de beber.

ñññYa la hemos molestado demasiado... ñññMaurizio intentñ rechazar la invitaciñ, con poca convicciñ.

ñññNo es ninguna molestia; es un placer. Todo estñ bien, podemos olvidar lo que ha pasado tomando algo. Son las tres y me da que se han saltado la comida. Me harñ feliz, naturalmente, que el mariscal y el cadete se apunten.

ñññGracias, señora ñññdijeron al unñsono los dos carabineros mencionados. El mariscal añadiñ: Aunque estamos de servicio, se agradece poder comer algo. El cuerpo de Carabineros nos perdonañ este pequeñ pecado.

Tras estas muestras de cortesña se dirigieron todos hacia la casa de buen grado.

ñññAquñ fuera. Estñ todo preparado al exterior. ñññCarlotta señalñ el lado de la construcciñ donde estaba, a esa hora completamente a la sombra, la veranda amplia, ligeramente elevada con respecto al cñsped. En su centro habñ una mesa que ofrecñ una gran variedad de comida y de bebidas: salami de Vanzi, coppa de Piacenza, panceta del Oltrepñ, queso de producciñ local, pan y focaccias. No faltaban, dispuestas a lo largo de la mesa, botellas de agua, de cerveza y de vino.

ñññSiñtense y sñrvanse ñññdijo Carlotta, que entrñ nuevo en la cocina. Un poco despuñ, volviñ con una tarta

de mermelada de melocotón que exhalaba un fuerte aroma, y que colocó sobre la mesa.

«Está recién hecha. He apagado el horno cuando se ha caído el helicóptero. La mermelada de melocotón es casera; la hice el año pasado.

«Entonces está destinada a acabar como el helicóptero: destruida», dijo Maurizio, mientras cogió el cuchillo con la intención de cortar una porción.

En ese momento llegaron, en dos coches distintos, el dueño del helicóptero y dos ingenieros de la Aviación Civil, encargados de llevar a cabo una breve investigación del accidente.

«Comandante, ¿qué ha hecho?», dijo, en tono serio, pero no duro, el dueño del helicóptero.

Edoardo, que se sentía humillado por los daños causados, se disculpó, avergonzado. Contó el toque con el árbol y la consecuente pérdida de control. Quizá el tamaño de las plantas le había dado unas referencias engañosas.

Los ingenieros le hicieron más preguntas, acumulando todos los elementos necesarios para su informe.

«Pueden sentarse a la mesa», intervino Carlotta, señalando todo lo que había encima. También los señores que acaban de llegar.

Edoardo la presentó al dueño del helicóptero y a los ingenieros.

«Es muy amable, señora», le dijo Santino Panizza, al

tiempo que le daba la mano. Me tiene que decir lo que le va a costar reparar los daños. El seguro se lo pagará.

¿Solo por un agujero en el jardín y un poco de tierra contaminada? Es muy poca cosa. Buscar a una empresa especializada para que retire la tierra. Ahora, sí.

Santino apoyó la mano sobre el hombro del piloto y le dijo: Vaya mañana a Casale para usar el helicóptero de reserva. Cuidado, que es el último, ¿eh? Si lo perdemos, cerramos y volvemos a los tractores.

Usar el Fiat Uno de la empresa y volver con el helicóptero. En cuanto podamos, iremos a recoger el coche.

De acuerdo, hagamos así — respondió Panizza, que ya empezaba a mostrar interés por lo que estaba sobre la mesa.

Se sentaron, y empezaron con la tarta, que atraía a todos con su perfume de hojaldre. Lo acabaron muy rápido. Después continuaron con los embutidos y el queso, al revés de lo normal, ya que se suele empezar por lo salado y acabar con lo dulce. Una media hora después el mariscal dijo que su presencia no era necesaria y que se marchaba. Recordó a Carlo y a Edoardo que hicieran fotocopias de los documentos y un breve informe.

No se preocupe, mariscal. Mañana tendrá todo confirmado Carlo.

Gracias, señora Bianchi. Todo estaba muy rico. El mariscal se despidió de Carlotta dándole la mano y esbozando un saludo militar, en un perfecto estilo de galantería militar. Se

lleva la mano a la visera dirigiéndose a los demás:

###Buena continuación. ###Se marcha junto con el cadete, el cual también saludó de manera militar.

Los ingenieros de la Aviación Civil continuaron su trabajo sin dificultades particulares: no había ningún secreto que descubrir, todo estaba clarísimo, y la versión que había proporcionado el piloto bastó para no requerir una investigación adicional. Por la noche, cuando se marcharon todos, quedaron sobre la mesa de la veranda muchas botellas vacías y algunos restos de comida. La cantidad de dulces, embutidos y queso consumidos, acompañada adecuadamente por vino local y cerveza, había contribuido a la conclusión rápida y benévola de la investigación.

Durante toda la tarde Carlotta se había dirigido a Edoardo de manera formal, sin dejar ver ninguna confianza. Habló con todos, él incluido, tratándoles de usted. Y todos tuvieron la misma cortesía cuando se dirigieron a ella, a pesar de que, al pasar la tarde y llegar la noche las relaciones se habían ido relajando poco a poco. Ella se había dado cuenta de que él la miraba a veces, pero había hecho como si nada. Por una coincidencia particular, de la que no había hablado con ninguno de los presentes, ese mismo día, 21 de junio de 1988, había cumplido cuarenta años.

Ahora, en el silencio de la noche, mientras limpiaba la veranda, se paró para observar la chatarra que antes había sido un helicóptero ágil y elegante.

No me esperaba que me llegarÃa del cielo un regalo tan bueno, y de una manera tan ruidosa.

A Carlotta le pareciÃ ver mariposas luminosas volando alegres alrededor de los hierros.

No son mariposas, son luciÃrnagas. LuciÃrnagas macho. Son ellas las que vuelan, las hembras esperan en el suelo.

RespirÃ otra vez, casi un suspiro, apoyada sobre la escoba, y despuÃs siguiÃ limpiando todo con energÃa renovada.

II

22 de junio de 1988, miércoles Recogida del helicóptero accidentado

Al día siguiente, Carlo y Diego llegaron al lugar del accidente temprano. La vista del helicóptero destrozado produjo una impresión extraña a Carlo. Todavía no había digerido bien lo sucedido, quizá porque era el primer accidente en el que, de algún modo, estaba implicado directamente.

Diego también estaba perturbado.

«No era necesario», se dijo.

«Vale, digámoslo. Hasta ayer Edoardo era considerado el mejor. ¿Y ahora? Basta tan poco...

«Tranquilo» le respondió Carlo. Todos los pilotos, incluso los mejores, tienen algún cadáver en su currículum. Le puso una mano sobre el hombro y siguió hablando con tono grave: «Para tranquilizarte, puedo asegurarte que te pasaré a ti también».

«Vale, vale. No he dicho nada».

Mientras tanto, Carlo había llamado al timbre; no quería entrar sin permiso, ya habían molestado lo suficiente el día anterior, y quería dejar una buena impresión a la dueña de la casa. La puerta de la villa se abrió casi inmediatamente.

«Buenos días. Veo que son madrugadores» los saludó Carlotta, con una sonrisa que mejor la visió del mundo de

los dos.

—Buenos días —respondieron al mismo tiempo. Después Carlo continuó: Dentro de poco va a llegar un camión; ¿puede entrar por la verja grande? Tenemos que cargar el helicóptero. O, mejor dicho, lo que antes era un helicóptero.

—Hagan lo que más les convenga. Si necesitan usar el baño, o llamar por teléfono, o cualquier otra cosa, pídanmelo. Estoy en casa. —Después añadió, sin darle ninguna importancia: No he visto al piloto, ¿ha tenido secuelas del accidente?

—No, está bien. Gracias a Dios —respondió Carlo—. Ha ido a Casale Monferrato, a la sede de la sociedad Eli-Linee, para coger otro helicóptero. El dueño, usted lo conocí ayer, tiene uno de reserva, precisamente para estas ocasiones.

—¿Santino Panizza, ese señor tan simpático, alto y con gafas? No me pareció especialmente contrariado por el accidente.

—Sí, es él. En su trabajo, incluso como emprendedor, tiene que aceptar que pueden pasar estas cosas.

Carlotta se tranquilizó al saber que el motivo por el que el piloto no había ido a su casa eran meras cuestiones organizativas. Le había asaltado el pensamiento de que, para él, no hubiera pasado nada importante y que no tuviera interés en volver a verla. Y ahora estaba agradecida al mecánico por haberle dado esa información.

El día de su cuadragésimo cumpleaños no esperaba a nadie. Y nadie había ido a buscarla. Que su marido no diera señales de vida en los eventos no era ninguna novedad, pero ningún otro pariente, ni amigo, o conocido, se había acordado de esa fecha. El destino había hecho que cayera un helicóptero en su jardín, y con el helicóptero, también Edoardo. Había sido una sacudida en su vida, y ella no tenía ninguna intención de desperdiciar este regalo que le había llegado del cielo.

¿Cuándo volverán a volar?

Mañana. Casi habíamos acabado, y mañana ya terminaremos este turno de fumigación. Con un poco de suerte conseguiremos mantener la agenda. El lunes que viene empezamos con la siguiente ronda. En este periodo tenemos que hacer una cada semana, y después, si no llueve, disminuirémos la frecuencia.

Entonces acabarán el veintitrés de junio: perfecto dijo Carlotta.

Sí, el veintitrés. Mañana respondió Carlo, que no entendía por qué era perfecto, pero no pidió explicaciones. En ese momento solo quería acabar con la limpieza del jardín.

Les dejo algo de beber aquí, en la mesa de la veranda. Si necesitan algo, estoy en casa.

Gracias. Tomaremos, sobre todo, agua. Hace calor y solo son las nueve. Carlo hizo el gesto de darse viento en la cara con las manos.

Señora Bianchi... Hablaba un hombre de unos cincuenta años, con pelo escaso y gris, y un ligero sobrepeso. Llevaba un delantal amplio de espesa tela verde que le cubría el torso. A su lado había una mujer más o menos de la misma edad, vestida con un estilo anodino, con el pelo teñido de un amarillo ajado y que denotaba un uso evidente de bigodes.

Ella también la saludó:

Buenos días, señora. Tenía un marcado acento de esa región.

Buenos días. ¿Habéis visto lo que ha pasado? Menos mal que Bruno no estaba en el jardín, como suele ser el caso.

Uno de los pocos días que no estamos en casa; si no, habríamos llegado inmediatamente dijo la mujer. Ayer era el día de visitar a mi suegra. Pasamos todo el día en Casteggio y volvimos después de cenar. Lo siento...

Pero ¿qué dice, Mariagrazia? la interrumpió Carlotta. ¿Qué es lo que siente? Menos mal que no ha resultado nadie herido, y, de todos modos, no habrías podido hacer nada.

¿Hoy podemos ayudar? preguntó el hombre.

¿Quiere echar una mano a los del helicóptero?

Será un placer.

Carlo, perdone llamo Carlotta.

Dégame.

¡ es Bruno Vanzi y ella es su mujer Mariagrazia. Me ayudan con la manutención de la casa y el jardín. ¡ es Carlo,

el mecánico del helicóptero. Se dieron la mano, y la mujer continuó: Carlo, Bruno se ofrece para echarles una mano. Sabe que herramientas hay en el taller.

Su ayuda nos vendrá bien, seguro. Venga, señor Vanzi, vamos a amarrar la chatarra.

Líame Bruno, mejor.

Yo soy Carlo.

Llegó el ruido de un motor diesel potente desde la carretera, acompañado por unas sonoras imprecaciones. Después vio el camión, y el conductor con la cabeza fuera de la ventanilla para controlar por dónde pasaban las ruedas.

Estáis locos. Si hubiera sabido cómo es la carretera, no habría aceptado este trabajo. He llegado de milagro y solo porque no había manera de dar media vuelta. Esta carretera es para las mulas, no para los camiones.

Bueno, ahora, ya que estáis, carguemos el helicóptero. Abro la verja y entra en el jardín dijo Carlo, sin hacer caso de las quejas del chéfer. Lo conocía desde hacía tiempo y sabía que, después de las protestas, se pondría a trabajar.

Ahora que estoy, ahora que estoy... tendré que dejaros metidos en vuestros años. Pero ahora ya... Solo lo hago por el señor Santino, que es una buena persona.

Exacto. Ahora, vamos a ello convino Carlo.

Sobre la una, utilizando la pequeña grúa que había en el camión entre la cabina y el remolque, tanto la carcasa del helicóptero como todos los trozos desperdigados estaban

cargados y asegurados. Para evitar que los trozos pequeÑos se perdieran durante el transporte, los habÃan cubierto con una lona sujeta con cuerdas a los ganchos fijados a tal efecto en los bordes del remolque.

â##Â¿Es mejor que siga en la misma direcciÃ³n por la carretera o que dÃ© la vuelta? â##preguntÃ³ el chÃfer.

â##Siga en la misma direcciÃ³n. Solo habrÃ; dos curvas difÃciles, y despuÃs la carretera se ensancha â##respondiÃ³ Vanziâ##. Vaya tranquilo, vivo allÃ abajo y conozco bien el trayecto.

â##De acuerdo. Entonces vuelo a Casale con el helicÃptero en el remolque. Es mÃ;s seguro sobre el camiÃ³n.

â##QuÃ© gracioso. Sobre todo, intenta no volcar. Un accidente es mÃ;s que suficiente.

â##Hasta luego.

Carlotta, que habÃa visto las maniobras del camiÃ³n para salir del jardÃn, se acercÃ³ a la veranda. Carlo y Diego fueron a despedirse.

â##MuchÃsimas gracias por su amabilidad y su paciencia, seÑora. Hemos quitado todo, pero si encontrase algo, hÃ;ganoslo saber y vendremos a recogerlo â##dijo Carlo, que habÃa supervisado la operaciÃ³n.

â##No se preocupen. No es nada, comparado con los problemas que han tenido ustedes...

â##No le damos la mano porque las tenemos sucias de grasa â##dijo Carloâ##. A propÃsito: segÃn los cÃlculos de

probabilidades puede estar tranquila. Estadísticamente, es muy difícil que vuelva a caer un helicóptero en el mismo sitio. Extendí el brazo y señalé la colina enfrente. Es más fácil que ocurra por allí.

Miraron donde señalaba Carlo y solo después comprendieron que era una broma, y soltaron una carcajada.

Esa tarde, Carlotta no se dedicó a su clásica actividad en la cocina. Dejó que se marcharan los señores Vanzi, cogió dos libros de recetas de la pequeña estantería y, equipada con un lápiz y un papel, se sentó en el sofá del salón. Al final del día había preparado un menú completo y la lista de la compra correspondiente. Volvió a la estantería y cogió dos libros que trataban de mitos paganos y ritos chamánicos: uno era sobre los *Druidas de los Celtas*, y el otro, sobre la *Santería en Haití*. No comió nada, pero se preparó una tisana en una taza grande. Volvió al sofá y se sumergió en la lectura hasta bien entrada la noche.

III

23 de junio de 1988, jueves Invitación a cenar

El jueves por la mañana Carlotta salió pronto con su Austin Mini Clubman. Tenía que ir a comprar todo lo que necesitaba para preparar la cena. Por la ventanilla abierta le llegaba el ruido del helicóptero que había retomado el trabajo sobre los viaductos. Sabía dónde estaba la explanada que usaban para repostar entre vuelos, y se dirigió en esa dirección. Llegada al lugar, se paró a la sombra de un grupo de acacias y bajó del coche.

Edoardo aterrizó después de realizar un amplio viraje. La posición acentuada que impuso al helicóptero con el morro elevado, para disminuir la velocidad antes de bajar hasta el suelo, provocó un flujo de aire contra Carlotta, que estaba de pie a pocos metros de la explanada. El vestido ligero se le pegó al cuerpo, resaltando los senos, los costados, y la curva de las ingles. La evidencia del cuerpo de la mujer, esculpido por la presión del aire, hizo recordar a Edoardo, potentemente, la intimidad de hacerla dos días, provocando un inicio de excitación.

En cuanto los patines estuvieron estables en el suelo, Diego se acercó al helicóptero. Edoardo abrió la puerta de la cabina.

«La signora Bianchi ha chiesto di parlarti. La posso far avvicinare?»

«Sì. Stai attento che non si faccia male. Falla venire da

esta parte. »

Diego hizo mover a Carlotta poniendo mucha atenci3n que estuviera lejos del rotor en la cola del helic3ptero y que mantuviera el busto bajo para tener una distancia de seguridad de las palas del rotor principal en movimiento.

Dime.

La se±ora Bianchi quiere hablar contigo. ¿Se puede acercarse?

S±. Ayudala para que no se haga da±o. Haz que venga por este lado.

Diego acompa±a a Carlotta llevando mucha atenci3n para que permaneciera lejos del rotor de cola y mantuviera el busto bajo para tener la mayor distancia posible con las palas del rotor principal, en movimiento.

Edoardo dej3 la puerta de la cabina abierta.

Buenos das, qu3 bonita sorpresa dijo, con una amplia sonrisa, de las que hacen los hombres que saben que gustan.

Buenos das. He venido para invitarte a cenar.

Edoardo not3 que lo haba tuteado.

¿Esta noche? Lo siento, llegaremos tarde. Tenemos que acabar el trabajo.

En realidad, solo te estoy invitando a ti, y la hora no importa. Ya sabes que tenemos que acabar el trabajo.

Si es as±-, ir con placer. Seguro que har un buen tiempo dijo Edoardo, mirando al cielo.

—, har; bueno. Es la noche justa —dijo Carlotta, con un rayo de luz en sus ojos oscuros.

Edoardo sintió una inquietud extraña, y la atribuyó a esos ojos bonitos.

—Bien. Entonces, ¿a qué hora? Me vendrá bien a las diez..., así terminar de ordenar las cosas del trabajo sobre las nueve y luego podré darme una ducha. ¿Es demasiado tarde?

—A las diez es perfecto —dijo Carlotta. Después a adi: ¿Cuándo es tu cumpleaños?

—En invierno, ¿por qué?

—Por nada, por curiosidad. ¿Qué día?

—El veintidós de diciembre cumpliré cuarenta y cinco años. ¿Está bien? ¿Soy demasiado viejo? —respondió ligeramente autocomplacido, sabiendo que era ella quien había ido a buscarlo, y tenía un físico de aspecto vigoroso.

—Es una buena fecha. Adi —dijo Carlotta. Sin añadir nada más dio la vuelta, se despidió de Diego y de Carlo, y se dirigió a su coche.

—Adi —respondió Edoardo, intentando comprender el sentido de esas palabras.

¿Una buena fecha? Para una cena con una mujer bonita todas las fechas son buenas. ¿O quería decir otra cosa?

Los dos se quedaron mirándola unos segundos mientras se alejaba.

Los depósitos para el fitofármaco ya estaban llenos.

Edoardo cerró la puerta de la cabina, aumentó las revoluciones del motor para despegar y salió, descendiendo junto al flanco de la colina.

Carlotta sentía crecer dentro de ella la emoción por el encuentro. Decidió concentrarse en la cena, de la cual tenía bien presentes, en su cabeza, todos los pasos necesarios para su preparación. Encontró algunos productos en las tiendas cercanas, y después fue a una pequeña lechería no muy lejana para comprar requesón de leche de vaca, *mascarpone* y mantequilla. La calidad se beneficiaba de la bondad de la leche obtenida de pequeños ganaderos que usaban el heno de los prados de la región para alimentar sus propias vacas. El requesón de leche de cabra lo compró en otra lechería, asociada a una granja ovina, a unos veinte kilómetros en dirección de la Liguria.

Los dos quesos servirían para rellenar los *tortelli*, y la mantequilla, para cocinarlos, y el *mascarpone* lo usaría para preparar el postre. Valía la pena emplear el tiempo necesario para ir a comprar a esos productores: el resultado le devolvería con creces el esfuerzo.

Cuando volvió a casa se paró en otra pequeña tienda, de una pareja de agricultores, que se encontraba a algunos kilómetros de distancia en la carretera que iba a Montalto Pavese. La mujer tenía una pequeña granja avícola con gallinas, pavos, pollos y pintadas. Todos crecían libres y eran alimentados de manera tradicional. La agricultora recibió a

Carlotta con la cortesía habitual.

— Señora Bianchi. Me alegro de volver a verla.

— ¿Cómo está, señora? Parece que está en forma.

— ¿Qué quiere? Una no para nunca de trabajar, y así se está haciendo ejercicio siempre. Luego, cuando me viene el dolor de espalda, entonces se puede ver a una pobre mujer jorobada deambulando por la granja.

— Pero ¿qué me dice, señora? ¿Qué toma cuando le duele la espalda?

— Los analgésicos típicos, pero me hacen poco efecto.

— Lo mejor es el reposo. Pero creo que esto ya lo sabe.

— Lo sé, lo sé. Es mi marido quien no lo sabe.

— ¿No descansa?

— No, ¡no descansa. No me deja descansar a mí-. Se rieron las dos. Las crónicas a los hombres siempre tienen un efecto beneficioso para las mujeres.

— ¿Qué necesita? ¿Huevos o carne?

— Querrá una buena pintada. Viva.

— ¿Una pintada viva? Basta con que venga a buscarla cuando la vaya a cocinar y se la tengo preparada, matada y limpia.

— La quiero para mi corral. La dejaré libre en el jardín.

— Bah. Si le hace ilusión. Dígale que si prefiere. Carlotta se adelantó a la elegida. Señora la atrapó, le ató las patas, y se la dio a Carlotta, aconsejándole que llevara cuidado con el pico.

— Las pintadas son malas — dijo.

— Mejor — respondió Carlotta. Pagó y preparó el

animal, cuidadosamente, en el maletero de su pequeño coche familiar.

Cuando volví³ a su casa, se encontré³ a los Vanzi en el jardín. Habían preparado una pequeña pira de madera en el centro del prado.

«Buenos días, señora» dijo Bruno. Hemos preparado la pira... como los demás a los.

«Buenos días, Bruno. Gracias. Me parece perfecto. Veo que también habéis arreglado el prado. Se ven muy pocos signos del accidente.

«Creo que no necesita llamar a una empresa especializada. Se vertió³ muy poca gasolina, y el producto para las plantas es el mismo que se usa en las huertas con las plantas de tomate y de pimiento. Poco a poco el césped se recuperará; por sí solo.

«Buenos días, señora» le dijo también Mariagrazia. «Necesita ayuda para descargar el coche?»

«No, gracias, lo puedo hacer sola. Lo que es más, podéis ir a casa. Y mañana no necesitaré que venga;».

«¿Necesita ayuda para encender el fuego? ¿Quiere que venga esta noche?»

«No, está bien así-. Tengo ganas de estar sola, hoy y mañana. ¿Nos vemos pasado mañana!»

El matrimonio Vanzi esbozó³ una sonrisa y se marchó³. Sentían curiosidad por saber la razón³ de todo ese tiempo libre, pero no querían que se notara.

Hoy ya, dos mentiras; una con la pintada y ahora, con ellos.

Tendría que conseguir hacer mis cosas sin necesidad de mentir.

Carlotta descargó el coche y llevó todo a la cocina, excepto la pintada, que dejó, con las patas atadas, en una caja sin tapa en el interior del maletero del coche. Meti  el requesón, el *mascarpone* y la mantequilla en la nevera, y orden  las demás cosas en el aparador.

Mir  el reloj: era mediod . Decidi  relajarse escuchando m sica y siguiendo con las lecturas que había empezado la noche anterior. En el salón tenía un equipo de alta fidelidad de buena calidad y una discreta colección de discos. Puso en el plato a Harry Belafonte, encendi  el tocadiscos y ajustó el volumen. Coloc  en su lugar en la estantería el libro sobre los ritos de los Celtas, que había terminado, y se concentró en el libro de las religiones de las comunidades afroamericanas de las Antillas: un libro sobre el vudú.

Más o menos a las cuatro de la tarde, Carlotta fue a su habitación. Sac  del armario un vestido negro, largo y fino, que le llegaba a los tobillos. Al cogerlo, se acord  de cuando, para ir al teatro con su marido, se lo había puesto por la primera vez. El contacto con el tejido le record  la emoción que había sentido durante la representación de la ópera de Wagner *Las hadas*.

Hab a conservado el vestido y, cuando se había mudado a la casa de campo, lo había puesto junto a las cosas que se iba a llevar. Le gustaba ponérselo de vez en cuando, en verano, pero no sabía bien por qué. Algunas mañanas lo

encontraba arrugado, una señal evidente de un uso que ni siquiera recordaba.

Se quitó el vestido, los zapatos y la ropa íntima. Se puso el traje negro, mirándose en el espejo de cuerpo entero que estaba en la pared al lado del armario. Se quedó descalza. Volvió a la cocina, donde cogió, de un cajón, un cuchillo grande, y, después se dirigió al garaje. Abrió las puertas traseras de su Mini y cogió la pintada por las patas. Se dirigió a la veranda. Estaba convencida de que podía hacer algo para ayudar al destino, para hacer que ese interés, esa atracción, se convirtiera en una relación indisoluble. Desplazó la mesa del medio de la veranda y la pegó a la pared de la casa. Puso la pintada encima. El animal se agitó un poco, pero después se calmó, casi con resignación.

Carlotta había nacido el día del solsticio de verano. Quizá por esta razón siempre había sido sensible al aspecto mágico de la naturaleza. El hecho de que el helicóptero hubiese caído en su jardín justo ese día y que el piloto se hubiera sentido tan atraído por ella le parecía un evidente signo sobrenatural. También la fecha de nacimiento de él, el día del solsticio de invierno, la percibía como un elemento en una línea de signos del destino. Esa mañana, se lo había preguntado al piloto con la intuición de que era una fecha importante que habría contribuido a aclarar ese sentido de inevitabilidad que ella sentía en las cosas que estaban ocurriendo. Y la respuesta había sido una confirmación de sus

sensaciones.

Se dejÃ³ envolver por un velo ligero y agradable de sensaciones mÃ¡gicas, y se instalÃ³ en su Ã©«sueÃ±o de una noche de verano» personal, donde los confines entre la realidad y el sueÃ±o se disolvÃ­an y se confundÃ­an.

CogiÃ³ cuatro velas grandes, de esas amarillas con la cera en un tarro de base ancha y que se usan en el exterior para ahuyentar a los mosquitos. EncendiÃ³ las mechas y las colocÃ³ en los cuatro lados de la veranda. CogiÃ³ las gafas de sol Ray-Ban, que estaban sobre la balaustrada. Eran del piloto; las habÃ­a perdido durante el accidente. Carlotta las habÃ­a encontrado en el jardÃ­n despuÃ©s de que se hubieran llevado el helicÃ³ptero, y las habÃ­a conservado. Las puso en el suelo, en el centro del porche. Con la mano izquierda cogiÃ³ el cuello de la pintada, sujetÃ¡ndola contra la mesa de madera, y con la derecha, con la que sujetaba el cuchillo igual que un verdugo que va a ejecutar a un condenado, dio un golpe seco para cortarle el cuello justo por encima de donde la sujetaba. Mantuvo el agarre y, mientras acababan los espasmos del cuerpo del animal, caminÃ³ con paso rÃ¡pido alrededor de la veranda, dejando que la sangre cayera por todo el perÃ­metro. DespuÃ©s volviÃ³ al centro del porche, se puso justo encima de las gafas, y dejÃ³ que la sangre cayera sobre ellas.

Carlotta se sentÃ­a invadida por una energÃ­a eufÃ³rica. Todo lo que hacÃ­a le venÃ­a de manera natural: estaba pidiendo a las fuerzas de vida, que ella *sabÃ­a* que existen, alrededor y dentro

de nosotros, que la ayudaran, y sabría que sería escuchada. Esa especie de rito era el resultado del recuerdo de sus estudios y de las lecturas de la tarde y noche del día anterior. Dijo, a media voz, con tono monótono, mirando las gafas como si fueran los ojos de Edoardo:

  No veréis a nadie m is que a mí-, no veréis m is que mis ojos, no veréis m is que a través de mis ojos.  Despu s quitó la mirada del suelo y la levant  hacia el cielo. En la misma posición, justo encima de las gafas, levant  el vestido hasta descubrir sus muslos, y separ  las piernas  . Beber  solo de mí-, comer  solo de mí-, te saciar  solo conmigo.

As  termin  ese rito, mezcla de religión y paganismo, de superstición y de espiritualidad. Tir  la cabeza de la pintada al cubo de basura y fue al garaje, donde colgó el cuerpo del grifo del lavabo para que terminara de desangrarse. Cogi  dos trapos, llen  un cubo de agua, y volvi  a la veranda, de la que limpi  cuidadosamente toda mancha de sangre sin dejar trazas. Apag  las velas, volvi  a colocar la mesa en el centro y puso encima, también perfectamente limpias, las gafas.

Empez  a preparar la cena, empezando por el postre. Sac  el mascarpone de la nevera (doscientos gramos), lo coloc  en el bol y lo trabaj  con una cuchara de madera hasta conseguir una consistencia cremosa. Cogi  dos vasos para postres y los llen  hasta la mitad con la crema del mascarpone. Abri  dos tarros de *Mostaza de Voghera*, la llamada  «mostaza de fruta

[04] y vertí el contenido sobre el mascarpone, dejando caer también parte del líquido dulce y al mismo tiempo picante. Introdujo el dedo en la fruta macerada y lo chupó.

Edoardo, quiero besarte con la boca embadurnada de esta mostaza y quiero que tu boca busque mi dulce y mi picante.

Abrió la nevera y metió los vasos con el postre.

Esto ya está; listo, ahora preparamos el relleno de los «tortelloni».

Quería hacer el relleno según la histórica receta boloñesa, que incluía un poco de ajo. No le gustaba a todo el mundo, pero a ella le encantaba ese aroma, y estaba segura de que le gustaría también a Edoardo. Abrió los dos paquetes de requesón, un bote de leche de cabra y uno de leche de vaca, y cogió cien gramos de cada una. Trituró finamente media cabeza de ajo, y añadió un puñado de perejil. Mezcló todo en una tarrina, con treinta gramos de queso *parmigiano reggiano* rallado, una yema de huevo batido y una pizca de sal.

Mientras mezclaba el relleno, el recuerdo de ellos en la ducha había aumentado su deseo, ya estimulado por el líquido de la mostaza. Carlotta añadió un poco de su fluido íntimo, generado por el recuerdo del amor con Edoardo, al relleno de los *tortelloni*. Recordó todo lo que había dicho en la veranda.

Esto lo origina mi amor, lo encontrarás en tu comida y lo querrás siempre como tu alimento.

Metió el relleno en la nevera, dentro de un plato hondo cubierto por otro plato.

Cogi³ doscientos gramos de harina de grano blando de tipo «00» y los dispuso como un monte en el banco de madera que estaba sobre la mesa robusta que hab³ a querido tener en la cocina para poder trabajar sobre una base estable.

Hizo un agujero en el centro de la harina y rompi³ un huevo dentro, con mucho cuidado para que no cayera dentro ni un trocito de cáscara. Lo bati³ delicadamente con un tenedor, y despu³ s empez³ a mezclarlo todo con cuidado, amalgamando la harina con los dedos y ensanchando poco a poco el cr³ ter central. Carlotta no usaba la amasadora, le gustaba usar las manos. Pod³ a reconocer la consistencia de la masa y saber cu³ ndo la proporci³ n entre la parte líquida y la harina era correcta. Tampoco usaba sal, seg³ n el estilo de la regi³ n de Emilia Roma³ ña. Cuando el borde de la fuente [05] se redujo al m³ nimo posible para contener la parte líquida en el interior, recog³ , con el canto de la mano, la harina de los bordes externos y tap³ el cr³ ter. Trabaj³ la masa lejos de las corrientes de aire para que no se secase, unos cinco minutos m³ s. Al final le dio la forma de un pan, que dej³ reposar en una tarrina cubierta.

Fue a buscar la pintada al lavabo del garaje, donde la hab³ a dejado goteando sangre. Cuando volvi³ a la cocina la sumergi³ durante unos segundos en una cazuela llena de agua hirviendo para que fuera m³ s f³ cil desplumarla, operaci³ n que le llev³ unos veinte minutos.

Empu³ ñ un cuchillo de lama fina y bien afilada e hizo un

inciso en la parte baja del vientre para poder sacar las vísceras. Después quitás el cuello, las patas, la cola y la grasa alrededor de esta. Cortás las alas, los muslos y los contramuslos. Dividís en dos partes el pecho y el busto. Ahora tenés delante de sí los trozos de la pintada. Cogí una gran cacerola de acero de debajo del banco de cocina. Preparé una mezcla de ajo, romero y salvia e hizo un sofrito con una generosa dosis de aceite de oliva extra virgen del Golfo de Tigullio. Pasé los trozos de la pintada sobre la llama, para asegurarse de eliminar todos los restos de plumaje.

Volví a abrir la nevera grande, y extraí un buen trozo de la suave, dulce y deliciosa panceta del Oltrepò. La colocé con cuidado sobre la plataforma de la máquina de cortar a mano, sólidamente anclada al mueble bajo de la cocina, empujé el mango y lo giré con decisión, provocando el movimiento alternado de la plataforma. Paré cuando tuvo una loncha para cada trozo de carne de la pintada.

Introdujo los trozos de carne, envueltos cuidadosamente en la panceta, en la cacerola donde se refrean las hierbas.

Añadí una loncha de más y una salchicha con especias desmigada.

Cogí un limón de Sorrento que un frutero de Casteggio tenía la costumbre de conseguir para ella y otros pocos clientes. Corté algunos trozos de cáscara sin la parte blanca y los puse en la sartén. Después exprimí medio fruto y lo añadí al preparado. Dio la vuelta a los trozos de la pintada, con cuidado para no separarla de la panceta y, cuando estuvo todo

bien dorado, lo cubriÃ³ hasta la mitad con vino blanco Riesling tÃ­pico de la zona.

DespuÃ©s de unos tres cuartos de hora el lÃ¡quido se habÃ­a absorbido y la pintada estaba en su punto. Carlotta apagÃ³ el fuego y dejÃ³ la cacerola, cubierta, donde estaba.

La actividad fÃ­sica necesaria para las operaciones de cocina era un elemento importante en el equilibrio que Carlotta habÃ­a encontrado en los dÃ­as, todos iguales, una vez agotado su matrimonio, y despuÃ©s de todos los intentos de relaciones afectivas interrumpidas forzosamente. Le gustaba trabajar en la cocina, y los resultados que obtenÃ­a con sus acciones le resultaban muy gratificantes. La comida nacida de su esfuerzo, ligada a los productos de la tierra y al ciclo de las estaciones, la unÃ­a al sentido profundo de la existencia. La nutriciÃ³n del cuerpo como cura del contenedor del alma: asÃ­ percibÃ­a su trabajo.

A las ocho y media decidiÃ³ que podÃ­a hacer los *tortelloni*. No podÃ­a pasar demasiado tiempo entre el final de su preparaciÃ³n y su cocciÃ³n.

CubriÃ³ el plano de trabajo con harina y colocÃ³ encima la masa que habÃ­a dejado reposando. SacÃ³ el rodillo del armario. Lo cogiÃ³ con las dos manos muy cerca la una de la otra. SeparÃ³ los antebrazos, con los codos separados del cuerpo, para que la presiÃ³n sobre el rodillo viniera de la parte de la palma bajo el dedo pulgar. Carlotta acompaÃ±Ã³ la fuerza de sus manos con movimientos alternados de la cadera; asÃ­ ejercÃ­a presiÃ³n

sobre el rodillo sin sujetarlo.

No sucederá; otra vez. No lo permitiré.

Sincronizé la alternancia de la presión sobre el rodillo con el recuerdo de los movimientos rítmicos de Edoardo.

Con fuerza y control, extendí la masa hacia el exterior, girándola cada veinte segundos un cuarto de giro. Cuando el espesor de la masa fue tan fino que era casi transparente, la corté en cuadrados no demasiado grandes: alrededor de ocho centímetros de lado. Sacé el relleno de la nevera y coloqué una porción del tamaño de una nuez pequeña en el centro de cada cuadrado. Preparé dos docenas, que cerré rápidamente, para evitar que el relleno se secase. Primero los doblé en forma triangular, apretando sobre los bordes, después giré las solapas alrededor del dedo índice, superponiendo los dos extremos, sobre los que presioné, para que se cerraran bien. Resultó la forma clásica de un *tortello*. Los dejé en la nevera, encima de una bandeja espolvoreada con harina de grano duro, para evitar que se quedaran pegados.

Para la preparación de la mesa usé un mantel y unas servilletas blancas, sin bordados, y vajilla también blanca, de buena calidad y de diseño simple. Unos vasos de proporciones variables y los clásicos cubiertos de acero de forma moderna completaron la presentación.

Carlotta puso en el compartimento menos frío de la nevera los vinos rosados que pensaba servir. Sabía que no era conveniente hacerlo, pero supuso que una hora de enfriamiento

no les harÃa daÃ±o, sino que los harÃa mÃ¡s agradables en esa cÃ¡lida noche de junio.

DespuÃ©s pudo centrar su atenciÃ³n en el cuidado de su aspecto. Fue al cuarto de baÃ±o y se liberÃ³ del vestido largo que todavÃa llevaba. EntrÃ³ en la ducha. El recuerdo de Edoardo y ella dos dÃas antes le provocÃ³ un temblor que subiÃ³ desde sus costados hasta la nuca. AbriÃ³ el grifo y dejÃ³ que el masaje del agua relajase sus mÃsculos, mientras se abandonaba a sus pensamientos. En un cuarto de hora acabÃ³ con el aseo y fue al armario. Le habrÃa gustado ponerse el mismo vestido, pero se habÃa ensuciado con la sangre de la pintada. El escotado ya se lo habÃa puesto el dÃa del accidente. Â¿QuÃ© podÃa ponerse para la noche de San Juan con Edoardo? Su guardarropa, que llevaba mucho tiempo sin renovar, no le dejaba mucha elecciÃ³n. Al final se decidiÃ³ por una falda coloreada, larga y cÃ³moda, de aspecto vagamente gitano, y una camisa blanca liviana con mangas anchas e hinchadas. A los pies se puso las mismas sandalias con cuÃ±a que llevaba el dÃa del aperitivo que ofreciÃ³ despuÃ©s del accidente. Y eligiÃ³ los mismos anillos de oro como pendientes, combinados con el collar.

BuscÃ³ quÃ© tenÃa para maquillarse. AbriÃ³ los muebles y mirÃ³ en su interior. Al final solo usÃ³ un lÃ¡piz de ojos negro, con el que acentuÃ³ el contorno de sus ojos, un pintalabios, que usÃ³ con moderaciÃ³n, y un esmalte de uÃ±as para las manos y los pies. Tanto el pintalabios como el esmalte eran de un bonito rojo bermellÃ³n, y combinaban bien con uno de los colores de

la falda. El pelo había sido sometido al tratamiento clásico: lavado y dejado secar solo, y se había ordenado a los lados de la cara formando unos rizos suaves. No miró el resultado final de los cuidados hechos a su persona en el espejo. Tenía miedo de no gustarse.

Me tiene que ver con sus ojos, tiene que verme a mí y dentro de mí-, mi corazón con su corazón.

Pensó en las gafas de Edoardo, que esperaban encima de la mesa de la veranda.

IV

La cena

Se había hecho de noche poco tiempo antes. La luz del crepúsculo, esos días, era persistente. Carlotta acababa de encender las cuatro velas, colocadas a los lados de la veranda, cuando oyó el ruido de un coche que se paraba delante de la casa. Fue a la puerta peatonal del jardín.

«Bienvenido.

«Buenas noches, Carlotta» respondió Edoardo. Se inclinó para darle un beso en la mejilla, y después le dio un ramo de flores. «Para ti. Espero que te gusten.

«Es muy bonito. ¿Cómo lo has hecho? Las floristerías están cerradas a estas horas.

«Con nuestros horarios, estamos acostumbrados a prepararnos con antelación. He llamado a una tienda de Casteggio y he pedido que me lo llevaran a la base del helicóptero. Lo he comprado por teléfono, fingiéndome de las explicaciones que me daban.

«Lo has hecho muy bien» dijo Carlotta. Después, se agitando la botella que Edoardo tenía en la mano, añadió: «¿Y eso?»

«Un brut de pinot de la zona, para el aperitivo.» Enseñó la etiqueta, y luego continuó: «He pensado que podría estar bien. Está a la temperatura justa.» La sonrisa de

Edoardo hizo desaparecer las últimas reservas de Carlotta.

Hay vasos encima de la mesa en la veranda. Sárvelo tº, que yo tengo que volver a la cocina. Desaparecí³ en el interior de la casa.

Cogi³ la botella de tomate triturado que habÁa preparado en agosto del año anterior: tomates de distintas variedades, sal, unas hojas de albahaca y nada más. Puso una buena cantidad en una cazuela que puso a fuego bajo. Sac³ el bloque de mantequilla que habÁa comprado esa mañana de la nevera y lo dej³ sobre la mesa. Una cazuela casi llena de agua puesta a calentar complet³ el principio de la preparaci³n.

Volvi³ al porche. Edoardo habÁa cogido los vasos y habÁa preparado la botella del brut espumoso de pinot.

¿Estás lista? No podr© retenerlo mucho más. Con una presi³n ligerísima sobre el tap³n lo hizo saltar, y sali³ un chorro de espuma, que dirigi³ al interior del vaso de champán. S© que no deberÁa salir disparado, pero es mucho más divertido. Le dio un vaso a Carlotta y lo toc³ con el suyo. A ti, a nosotros, a la noche de San Juan.

SÁ dijo Carlotta. A nosotros y a esta noche de San Juan. Bebi³ echando la cabeza hacia atrás. Su pelo se alej³ del cuello, descubriéndolo. Edoardo tuvo el impulso de ir a besarlo.

«Tranquilo, Edoardo, ¿no has visto nunca un cuello de mujer?»

Pero ¿estas son mis Ray-Ban!

Las encontré en el jardín. No están rotas, y las he limpiado. Carlotta se sentó de lado encima de Edoardo, cogió las gafas y se las puso, dejándolas sobre la punta de la nariz, para poder mirarlo a los ojos de cerca. Le susurró: Dan suerte. Acuérdate de llevarlas siempre; tienes que ver el mundo a través de ellas.

Le dio un beso suave. Edoardo sintió los labios húmedos refrescados por el espumoso. Notó cómo el cuerpo de ella se apoyaba contra el suyo, y sintió el perfume proveniente de sus senos cálidos.

«Oh, dios mío... peor que el cuello...».

Es un vino que nos sostendrá con su fuerza: me gusta esta referencia a la fuerza que da la madre tierra a sus hijos dijo Carlotta, leyendo el nombre de la etiqueta: Anteo. Después seguí leyendo las características: Todo Martinotti [06], efervescencia fina; color amarillo pajizo con reflejos brillantes; buqué fresco y elegante con notas iniciales de pan fermentado y finales de cítricos; sabroso, equilibrado, con buena persistencia. Es lo mágico que podemos esperarnos de un producto de la tierra con este nombre a Carlotta. Tomar un poco más, tengo que ser fuerte.

Edoardo llenó los vasos. Bebieron mirándose a través de las burbujas.

Voy a buscar el primer plato. Carlotta le dio otro beso y se levantó, recorriendo la cara de Edoardo con una caricia de

su mano. VeÃa claramente el efecto que habÃa provocado y eso la hacÃa feliz. Edoardo sintiÃ³ indistintamente cÃ³mo le subÃa el pulso. La mirÃ³ alejarse y despuÃ©s se sirviÃ³ otro vaso de espumoso.

SacÃ³ los *tortelloni* de la nevera y los echÃ³ en el agua salada que hervÃa. ApagÃ³ el fuego de la cazuela con el tomate triturado y aÃ±adiÃ³ un trozo generoso del bloque de mantequilla. DespuÃ©s de unos minutos los *tortelloni* estaban listos; los recogÃ³ con la espumadera y los depositÃ³ en una sopera junto con la salsa de tomate y mantequilla. CogiÃ³ un plato, en el que colocÃ³ un trozo de queso parmesano curado y un rallador. LlevÃ³ todo al porche.

â##AquÃ estoy â##dijo Carlotta, satisfecha. â##CogiÃ³ un cucharÃ³n para servir y puso una docena de *tortelloni* en el plato de Edoardoâ##. *Tortelloni* de requesÃ³n condimentados con mantequilla y oro, *Bononia docet* [07]. El parmesano estÃ; a parte, puedes rallar la cantidad que quieras, pero se aconseja que sea entre poco y nada. Para el vino, podemos seguir con tu brut; en mi opiniÃ³n, es perfecto.

Edoardo habÃa trabajado todo el dÃa y solo habÃa comido un bocadillo a mediodÃa. Se lanzÃ³ sobre los *tortelloni* con la misma energÃa que la que dedicaba a volar con el helicÃ³ptero sobre los viÃ±edos. Y con la misma energÃa se los comiÃ³ todos.

â##BuenÃsimos. Â¿Me equivoco, o hay una nota de ajo? Una maravilla.

â##Esperaba que te gustaran con el ajo â##dijo Carlotta.

â##Â¿Es una broma? Me encanta el ajo, y... las mujeres que huelen a ã©l. â##Dejã³ de hablar y se desplazã³ hacia Carlotta, que estaba a su derecha en la mesa, que habãa puesto para que comieran en dos lados adyacentes. Hizo un gesto como si la olfateara y luego la besã³. Pasã³ su lengua sobre los labios de ella, como para limpiarlos. Puso un dedo en la sopera, recogĩã³ un poco de salsa y lo puso en la boca de ella, que la cerrã³ a medias para permitirle meter el dedo lo mÃnimo para que ella pudiera chuparlo. Le dio un beso largo con la lengua, que movĩã³ junto a la suya en esa mezcla de mantequilla y oro.

â##Tienes un sabor buenÃsimo â##dijo.

â##Tãº tambiã©n â##dijo Carlottaâ##, y yo puedo decirlo con conocimiento de causa.

La alusiã³n, directa y maliciosa, tuvo un efecto demoledor sobre Edoardo. Se levantã³, encontrã³ el interruptor de la luz al lado de la veranda y la apagã³, dejando que la ãºnica iluminaciã³n fuera la de las dã©biles llamas de las cuatro velas en las esquinas. Volviã³ al lado de Carlotta y dijo:

â##Esta es una condiciã³n de desigualdad que tiene que ser corregida inmediatamente.

Girã³ su silla, de manera que no estuviera mirando a la mesa, se arrodillã³ delante de ella y metĩã³ las manos bajo la falda, subiendo desde las pantorrillas hasta los muslos y mÃs arriba aãºn. Sintĩã³ que Carlotta separaba las piernas para facilitar sus acciones. Se dio cuenta de que no llevaba ropa interior.

Llegó con las manos hasta la cadera y tiró de ella hacia atrás, haciéndola adoptar una posición medio tumbada en la silla. Subió la falda hasta la cintura para descubrir su sexo, que se abrió rosa y húmedo en medio del negro del pelo exuberante. Edoardo sumergió su boca en ella y lo probó, adaptándose a los movimientos que ella imprimía a su cadera.

Sintió sus manos sobre la nuca y oyó sus palabras:

Querido... querido. Bebe de mí... tendrás sed de mí.

Después, las mismas manos lo detuvieron.

Ya estás bien. Ahora que conoces mi sabor, podemos comer el segundo plato. ¿Qué te parece?

Edoardo la miró y sonrió.

Es un placer mirarte desde esta perspectiva dijo.

Después podrás mirarme desde todas las perspectivas que quieras respondió Carlotta, dándole un golpecito sobre la nariz con su dedo índice.

Se levantó y se fue a la cocina. Sacó las botellas de vino de la nevera y las acercó a la puerta:

Abre el vino, uno de los dos, que se ha acabado el brut y, de todas maneras, ahora es mejor cambiar.

Edoardo eligió una botella y dejó la otra en una mesa de servicio que estaba cerca. La destapó y la puso en la mesa.

Carlotta encendió un fuego fuerte bajo la pintada. Tenía que calentarla un poco. Después de calentarla rápidamente, apagó el fuego. Decidió llevarla a la mesa directamente en la cacerola.

Edoardo hab a llenado dos copas de vino hasta la mitad.

 «Buttafuoco» [08] con la pintada  dijo . Esta es mi elección.

 Te has dado cuenta de que lo he enfriado ligeramente? Espero que no te moleste, a pesar de que los expertos lo desaconsejan.

 Es una buena idea. Solo est ; un poco más frío de la temperatura aconsejada.

 Por qué has elegido el Buttafuoco?

 Me ha hecho pensar que tiene algo de tu impresión.

 Mi impresión?  Carlotta cogi  la botella y encendi  la luz que Edoardo hab a apagado.

Gir  la botella y ley  la etiqueta.

 De color rojo rubí vivaz con reflejos violáceos.  Mir  a Edoardo . Dir  que, por su aspecto, deber  ser más bien un rosado.

 He dicho de tu impresión, no de tu aspecto  rebat  Edoardo con tono serio.

 En nariz  continu  Carlotta , buena intensidad, penetrante, con una nota ligera de regaliz, mermelada de grosellas con matices especiados.  Entonces?

 Buena intensidad, penetrante, matices especiados y una nota de regaliz. Confirmado. No me acuerdo de cuál es el perfume de las grosellas, así que sobre eso no me pronuncio. Si tienes jugo podr  comprobarlo.

Carlotta sigui  leyendo.

###En boca: completo, redondo, robusto. ###Lo mirÃ³ con esa expresiÃ³n que solo las mujeres saben adoptar. Esa mezcla de inocencia y malicia que impide dormir a los hombres###. Ahora sÃ© que puedo afirmar que me recuerda a ti.

Cogieron las copas. #l lo oliÃ³ y dijo:

###Mmm... es justo asÃ­: impresiÃ³n de regaliz. Ella bebiÃ³ un sorbo y aÃ±adiÃ³: ###Mmm... es justo asÃ­: completo y robusto. ###Rieron los dos y se sirvieron tanto trozos de pintada como vasos de vino.

¿Desde cuÃ¡ndo eres piloto? ¿Te gusta? ¿DÃ³nde vives? ¿EstÃ¡s casado? ¿DÃ³nde trabajas normalmente? ¿No preferirÃ­as volar para llevar de paseo a los ricos? ¿Es peligroso volar sobre los viÃ±edos? ¿Tienes novia? ¿Con cuÃ¡ntas mujeres has estado? ¿Tus padres?

¿Por quÃ© vives sola? SÃ© que estÃ¡s casada, pero ¿dÃ³nde estÃ¡ tu marido? ¿DÃ³nde has aprendido a cocinar tan bien? ¿Tienes hijos? ¿Sabes que eres guapÃ­sima? Casi, casi, doy gracias de haber tenido el accidente, si no, no te habrÃ­a conocido. ¿Has estado con otros hombres?

Las tÃ­picas preguntas que se hacen al principio de una relaciÃ³n que se percibe como importante. Con la disminuciÃ³n de la pintada en la cacerola y del Buttafuoco en la botella aumentÃ³, en proporciÃ³n inversa, el conocimiento que cada uno tenÃ­a del otro. O, mejor dicho, el conocimiento de todos los hechos y situaciones que definen la imagen que los demÃ¡s se hacen de otra persona. No hablaron de sus aspectos mÃ¡s

Antimos, más protegidos. Esos, apenas habían empezado a explorarlos con sus relaciones sexuales.

«No he entendido bien cuántas novias has tenido. ¿O lo mejor lo has dicho y no lo he oído?» preguntó Carlotta.

«Pocas, se cuentan con los dedos de una mano.

«¿Usando una calculadora?»

«No, mujer... no me acuerdo bien, pero habrán sido dos o tres.

En realidad, Edoardo jugaba con el significado legal de noviazgo, y no lo entendía (o no quería entenderlo), según el sentido de la pregunta, es decir, con cuántas mujeres había flirteado, o con cuántas se había acostado.

«Y tío, ¿continúa, fiel a la teoría de que la mejor defensa es un buen ataque», me has dicho que, además de tu marido ha habido otros, pero decir que has sido evasiva es poco. ¿Puedes contarme algo más?»

«Te lo diré en cuanto pueda. Dame tiempo y sabrás todo de más. La expresión de Carlotta y su tono de voz se habían vuelto serios, y Edoardo no quiso insistir. Así evitó también entrar en el asunto del número de sus novias.

Volvieron, podrá decirse que de común acuerdo, a la comida que estaba en la mesa. Empezaron a comer con las manos. El buen sabor de la carne de la cazuela, comida así, realzaba todo su valor. Edoardo no se retuvo y usó un trozo de pan de miga blanda para rebajar el jugo delicioso del fondo de la cazuela.

«Lívatela, por favor. Será capaz de secarla» dijo, chupándose los dedos para quitar los restos de salsa.

«Supongo que podemos pasar al postre» dijo Carlotta. Sigue haciendo de invitado y trae el vodka que está en el congelador.

«¿Vodka? ¿Con el postre?»

«Ya verá».

Carlotta volvió con los dos vasos llenos de *mascarpone* y mostaza, colocados en medio de un plato en el que había puesto también una pequeña rodaja de *gorgonzola* fresco y suave, y algunos trozos de nueces.

Edoardo, que la había seguido hasta la cocina, sacó la botella de vodka y los vasos de licor del congelador.

«La combinación con la mostaza era muy fácil. He pensado en el sabor simple, limpio y fresco del vodka Moskovskaya y a su carácter suave y envolvente, carente de aspereza. Te propongo que seas mi cobaya en este experimento.

«Me encantaría ser el cobaya de todos tus experimentos. ¿Cómo piensas usarme esta noche? ¿Tienes en mente experimentos muy científicos?»

Carlotta sonrió y se acercó para besar a Edoardo. Fue un beso largo.

«Vamos con el postre, que dentro de poco van a ser las doce» dijo.

«¿Por qué? ¿Tienes que marcharte a medianoche, antes de que la carroza se transforme en calabaza? Déjame

ver tus escuderos â##dijo Edoardo, haciendo como que iba hacia la huerta.

â##No, no hay nada especial. Solo, que habÃa pensado hacer el amor contigo a medianoche â##respondiÃ³, sonriendo, Carlotta.

â##Entonces, vamos. DÃ©monos prisa. No podemos faltar a nuestras obligaciones â##dijo Edoardo, con Ãnfasis.

LlenÃ³ una cuchara con *mascarpone* y mostaza. La metiÃ³ en la boca, y quedÃ³ maravillado por la armonÃa de los sabores que probaba por primera vez. Con el vaso de vodka congelado, los sabores se diluyeron, dejando la boca preparada para la siguiente porciÃ³n.

DespuÃ©s de dos cucharadas de *mascarpone* con mostaza, probÃ³, en la siguiente, a aÃ±adir un trozo de *gorgonzola* y uno de nuez, aportando una variedad sorprendente a los sabores, y predisponiendo de nuevo la boca a la limpieza con el vodka. Con el tercer vaso de vodka acabaron el postre.

â##Mira las hogueras de los campesinos â##dijo Edoardo, seÃ±alando una serie de fuegos que veÃan brillar dispersos por todas partes, en la oscuridadâ##. Estas viejas costumbres son hermosas â##continuÃ³.

â##SÃ â##dijo Carlotta. DespuÃ©s, acercÃ³ su silla y apoyÃ³ la cabeza sobre su hombroâ##. Yo tambiÃ©n la hago todos los aÃ±os. Le he pedido al campesino que me ayude con el jardÃn que me prepare una. Es hora de encenderla. Â¿Me ayudas?

En el centro del cÃ©sped habÃ­a una pequeÃ±a pira formada por ramas secas de varios tamaÃ±os. Carlotta se levantÃ³, cogiÃ³ una de las velas, y se dirigiÃ³ hacia la pira protegiendo la llama con la mano. Se inclinÃ³ sobre la pira y encendiÃ³ unas hojas de papel y unos trocitos pequeÃ±os de leÃ±a en la base del montÃ³n. Poco despuÃ©s, una llama enorme iluminÃ³ esa zona del jardÃ©n. Edoardo no pudo evitar ver que se encontraba justo donde Ã©l habÃ­a caÃ­do con el helicÃ³ptero.

âQuÃ© curioso, el otro dÃ­a estaba mi helicÃ³ptero en el sitio de la hoguera. Menos mal que no se incendiÃ³. Mejor quemar la leÃ±a del jardÃ©n.

âSÃ­. Este aÃ±o ha habido muchas coincidencias âdijo Carlotta.

Edoardo sacÃ³ un cigarrillo del bolsillo de su camisa. Le habÃ­a gustado el puro Toscano, pero preferÃ­a el humo mÃ¡s suave y aromÃ¡tico de sus pitillos holandeses. Lo encendiÃ³ con la llama de un trozo pequeÃ±o de madera. Carlotta observÃ³ cÃ³mo realizaba ese gesto simple.

Es guapo, y me estÃ¡ destinado.

âVen, vamos a buscar hierbas para quemar.

âHabÃ­a comprendido que el programa era distinto.

âVen a la huerta, hay hierbas aromÃ¡ticas.

Edoardo la siguiÃ³, divertido. Le gustaba esa chica, esa mujer. Y, cuando era misteriosa, le atraÃ­a todavÃ­a mÃ¡s.

âAnda, toma: un ajo, un cebollino, menta, una ramita de romero, verbena, un poco de ruda y, por supuesto, hipÃ©rico,

que crece espontáneamente en los bordes de mi jardín.

¿Hipérico?

¡Sí!, la hierba de San Juan, para ahuyentar a los diablos.

Carlotta le frotó las flores en la nariz. Se quitó las sandalias y siguió andando descalza. Edoardo estaba fascinado por esa imagen, que lo excitaba. Sabía que no llevaba ropa interior, y se la imaginaba desnuda bajo la falda. La camiseta blanca dejaba entrever unos senos bastante grandes y sostenidos. Los pezones, que se habían endurecido, se estampaban insolentes contra la tela ligera. Su manera de andar sin las sandalias le daba un aire selvático que lo embrujaba.

¿Acórcate dijo Carlotta.

¿Por qué quemas las hierbas?

Para que sigamos teniendo buena salud, realicemos nuestros deseos y ahuyentemos a los diablos. Todos menos uno.

Se rio, pero estaba seria. Al menos, él tuvo la sensación de que hablaba con ligereza de cosas importantes.

Carlotta había cogido la mano de Edoardo y se había sentado en la hierba con las piernas cruzadas, como los indios. Le invitó a que se sentara igual que ella, a su lado. Lentamente, cogió las hierbas del racimo y las tiraba al fuego. Después dijo, o más bien recitó:

¡Pido que no se canse de mí!, pido que me busque siempre, pido que no tenga más mujeres que yo.

Edoardo no dijo nada. Daba pequeñas caladas al cigarrillo, dejándose envolver en su aroma del humo. La miraba fascinado

y ligeramente asustado. La mujer, cuyo semblante estaba iluminado por las llamas de la hoguera, parecía estar envuelta en un aura misteriosa, y la atmósfera lo tenía intrigado.

   Pido que se cierre el círculo. Pido que se acabe la persecución y que sea libre de amar    continu  Carlotta, tirando las últimas hierbas en las llamas.

Edoardo no entendía el sentido de esas palabras, pero sinti  cómo la atracción por ella se extendía por todo él. Tir  el cigarrillo a la llama de la hoguera, la abrazó y la bes , mucho rato. Degust  sus labios, su lengua. Le bes  el cuello y los hombros. Le acarició el rostro, los costados. La hizo tumbarse sobre la hierba al lado del fuego, le levant  la falda y sigui  bes ndola el vientre y los muslos. Le desabroch  la camisa y bes  sus senos y sus pezones. Se puso de pie, se quitó los zapatos y la camiseta y se baj  los pantalones y el bóxer.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.